

PRECISIONES SOBRE LA HISTORIA DE LA MEZQUITA DE CORDOBA

MANUEL OCAÑA JIMENEZ

La historia de nuestra Mezquita-Catedral se ha esclarecido de notoria manera en el decurso de los últimos cincuenta años, gracias, primordialmente, a la extraordinaria labor investigadora que, a lo largo de todo ese período, vino realizando en el magno edificio quien fue su postrer Arquitecto- Conservador, don Félix Hernández Giménez, el eximio arqueólogo fallecido en 1975. Fundamentalmente, dicha labor consistió en desarrollar un certero plan de exploraciones y excavaciones, trazado de acuerdo con la problemática que planteaban los textos árabes que se ocupan de la construcción religiosa más señera del arte hispano-musulmán, y a los que el ilustre y llorado maestro había hecho objeto de un severo y riguroso análisis crítico antes de poner en práctica el plan aludido. Mas, a pesar de que los frutos de esta investigación fueron excelentes, parece que no son dignos de ser recogidos en las monografías del monumento que se siguen dando a la luz, y lo mismo acaece con los que han cosechado otros especialistas trabajando sobre distintos aspectos de esa misma problemática. Ello hace que tales monografías presenten un contenido escrito muy similar al que tenían las publicadas medio siglo antes, y que den la sensación, a quienes las lean, de que nada ha cambiado al respecto, cuando la realidad es otra bien distinta. Y esto, aunque lamentable, no es lo peor, pues asombra comprobar, por ejemplo: cómo se reverdecen en ellas antiguas teorías que, no pocos años atrás, se derrumbaron por sí solas, porque estaban carentes hasta del más mínimo fundamento científico; cómo se otorga la categoría de históricas a absurdas leyendas que nacieron antaño al amparo de un desconocimiento total de la cultura islámica y hoy son tomadas a broma; cómo se divulgan inscripciones a través de versiones ya desacreditadas en absoluto, y cómo, en fin, se habla con manifiesta ligereza —y esto ocurre también en documentos de cierto carácter oficial incluso—, de los sectores desaparecidos de la Gran Aljama y se sitúan en ellos, gratuita y sistemáticamente, las construcciones más caprichosas y fantásticas, para terminar llorando por la desaparición de las mismas, como si realmente hubieran existido.

Contra semejante y fenomenal confusión, van las líneas que siguen, en las que procuro hacer una síntesis de todos los auténticos datos fundamentales sobre los que se apoya actualmente el historial de la Mezquita hasta la Reconquista, y espero que, plumas más especializadas que la mía se ocupen de completar esta breve exposición con los datos análogos que informan sobre el monumento, una vez consagrado al culto cristiano.

Leyendas sobre el emplazamiento de la Mezquita

Para los historiadores musulmanes, la zona de Córdoba ocupada por la Gran Aljama había sido siempre un terreno sagrado, pues en él se venía dando culto a Dios, ininterrumpidamente, desde los tiempos más remotos. Y esta teoría cristalizó en una leyenda que, corregida y aumentada con el correr de los años, quedó concebida, poco más o menos, así: dicha zona fue, en los albores de la civilización, una enorme hoya, en la que los cordobeses arrojaban basuras, cadáveres y toda clase de carroña; cuando el profeta Salomón visitó la Península tuvo ocasión de contemplar detenidamente la hondonada y mandó a los Genios que la rellenasen, aplanaran y construyesen sobre ella un templo, donde los hijos de Israel pudieran elevar sus preces al Altísimo; después, cuando Dios envió a Jesús y se expandió el Cristianismo, aquel templo pasó a manos de los cristianos, que lo convirtieron en iglesia bajo la advocación de San Vicente ; más tarde, cuando los musulmanes conquistaron Córdoba, instituyeron en la mitad de dicha iglesia una mezquita aljama y dejaron la otra mitad en poder de la mozarabía, y, finalmente, cuando el príncipe omeya 'Abd al-Rahmán I se arrogó el poder de la España musulmana, adquirió a la comunidad mozárabe la otra parte de la iglesia, mandó demoler ésta en su totalidad e hizo erigir en el solar resultante la que, andando los años, habría de convertirse en la Gran Aljama del occidente islámico.

Nuestros historiadores también han reconocido el carácter sacro de la zona en cuestión y han creado, asimismo, su leyenda sobre el particular; pero no la remontan a los días de Salomón como sus colegas musulmanes, sino que la hacen partir de un supuesto templo levantado a Jano. Modernamente, han compensado con creces esta falta de fantasía y hablan de una monumental Basílica de San Vicente levantada a expensas del rey visigodo Egica, quien incluso se vio forzado a acuñar moneda especial para hacer frente a los cuantiosos gastos acarreados por la fundación, y nos describen con todo detalle la conmovedora escena que, durante el tiempo en que el templo estuvo compartido entre musulmanes y cristianos, se daba cada día, cuando ambas comunidades, separadas tan sólo por una sutil y liviana estera de pleita, celebraban sus respectivas liturgias sin el menor incidente, lo que constituye la mejor prueba del elevado grado de pacífica convivencia y mutuo respeto a que habían llegado vencedores y vencidos.

Considero innecesario el hacer aquí una crítica seria de estas leyendas; pero no puedo pasar por alto, sin embargo, un pasaje que es común a ambas, o sea, el referente a la iglesia compartida. Y advertiré que, la tal coincidencia se da, exclusivamente, en dichas leyendas y no en las fuentes históricas, toda vez que, por parte cristiana, no existe texto alguno que aporte el más insignificante dato sobre el templo en cuestión.

La legendaria Basílica de San Vicente

En realidad, los musulmanes que se establecieron en Córdoba tuvieron resueltos el problema de sus rezos en común desde que el emir al-Samh (719/21 J. C.) fundó, extramuros,

al aire libre: la *Musalla-l-Rábad* u Oratorio del Arrabal, que estuvo en el arrabal de Secunda allende el río y la *Musalla-l-Musara* u Oratorio de la Musara, que se estableció en una llanura así denominada del W. de la ciudad. Más, a partir del año 750 y como consecuencia del derrocamiento de la dinastía de los Banu Umayya por obra de los Banu 'Abbas, el emir Yusuf al-Fihrí se vio acuciado por la necesidad de instituir una aljama cordobesa, donde los miembros de la *jassa* o aristocracia árabe afincados en la capital testimoniasen públicamente su adhesión a los ^Sabbasíes, al asistir, cada viernes, al sermón solemne del mediodía o *jutba* y unirse al *jatib* o predicador en sus ruegos a Allah en favor de la dinastía triunfante. Y, según dejan entrever las crónicas árabes, fue entonces y no antes cuando se expropió a los mozárabes su Iglesia de San Vicente, que estaba fronterera ala fachada oriental del *Qasr al-Umara'o* Alcázar de los Emires, el actual Palacio Episcopal, y se convirtió en aljama islámica.

Efectivamente, hacia el año 748, o sea, treinta y siete años después de la conquista de Córdoba por el caudillo musulmán Mugith al-Rumí, la iglesia en cuestión sirvió de escenario para degollar a unos setenta mahometanos rebeldes, lo que es fehaciente indicio de que el templo se hallaba a la sazón, si no en manos de los cristianos, al menos abandonado por éstos, pues de haber estado para entonces consagrado al culto islámico, en todo o en parte, no se hubiera llevado a efecto en el mismo la citada matanza. Sin embargo, a mediados de mayo del 756 y a consecuencia de la reacción que un hijo del mencionado emir al-Fihrí tuvo contra 'Abd al-Rahmán I, que acababa de apoderarse de Córdoba, el lugarteniente de éste, Abu 'Uthmán, fue sitiado y hecho prisionero en el torreón del Alcázar que era la *sawmu'a* de la aljama, lo que quiere decir que, para dicha fecha, nuestra iglesia ya estaba convertida en mezquita, incuestionablemente, y que un bastión del palacio fronterero, por su posición dominante, había sido elegido para hacer las veces de *sawmu'a* o torre de llamada a la oración. Y, en consecuencia, venimos obligados a admitir que la iglesia pasó a ser templo musulmán no antes del año 748 ni después del 756, como patentizan las respectivas fechas de los sucesos relatados, conclusión ésta que marcha en total acuerdo con lo anteriormente expuesto.

Ahora bien y a pesar de su indiscutible valor documental, estas noticias no son las más primordiales de las que nos aportan las fuentes árabes sobre la iglesia, pues queda por mencionar otra que las supera en importancia ya que ha sido la clave para la localización del edificio. Tal noticia nos remite hacia el año 1080 aproximadamente, cuando el monarca castellano-leonés Alfonso VI trató de imponer al sevillano al-Mu'tamid mayores tributos y una nueva vejación: la de que permitiese entrar en la mezquita cordobesa a su mujer de turno, Constanza de Borgoña, que se encontraba embarazada, para que diese a luz en cierta parte del costado occidental del templo islámico, la cual le había sido indicada por las dignidades eclesiásticas de su corte como correspondiente al emplazamiento de la iglesia sobre la que los musulmanes construyeran la Gran Aljama. Esta referencia tan concluyente instigó a don Félix, allá por el año 1935, a excavar el subsuelo de todo el sector occidental de la vieja mezquita de 'Abd al-Rahmán I y nos puso al descubierto, en la zona correspondiente a la Puerta de San Esteban, parte de la planta de un edificio de muy pobre fábrica, al parecer iglesia de tres naves, orientado en el sentido E-W. y cuyo muro meridional conserva restos de un nicho de planta semicircular, en franca armonía con lo que pudo ser el *mihrab* o nicho de orientación de una mezquita. El tal edificio, que está ubicado entre los niveles del suelo romano y el musulmán, posee todas las características de una obra visigótica, que en modo alguno puede ser explicada como no se identifique con esa tan traída como llevada Iglesia de San Vicente. Mas, sus dimensiones, aunque están acordes con las que tenían los templos cristianos de su misma época, no son nada extraordinarias ni permiten ninguna división del edificio entre dos credos religiosos tan dispares, a efectos litúrgicos, como son el musulmán y el nuestro. Y, por tanto, este hallazgo arqueológico da en tierra con esa bonita leyenda de la Basílica de San Vicente, aquella de las proporciones monumentales, infinitas columnas rosadas, estera divisoria..., etc., sin que puedan impedirlo quienes se obstinan en no admitirlo así y siguen, por sistema, supervalorando

lo legendario y subestimando lo indubitable.

No quiere decir lo expuesto que el reparto del que nos hablan con tanta insistencia los textos árabes no se diese jamás, sino que nuestros historiadores lo han interpretado de una manera un tanto ingenua. La palabra *kanisa* o iglesia se aplica, generalmente, en dichos textos para designar un cenobio o monasterio, y así debe ser aceptada en el caso concreto que nos ocupa, a igual que en otros muchos. Consiguientemente, lo que Yusuf al-Fihrí expropió, sin duda, a los mozárabes cordobeses fue la iglesia propiamente dicha del cenobio de San Vicente, y les dejó el resto de los edificios secundarios y tierras dedicadas a cementerio, huerta..., etc., que integrarían el mismo. Y este resto fue, exactamente, la parte que les adquirió ‘Abd al-Rahmán I unos treinta años más tarde.

La fundación de ‘Abd al-Rahmán I

Con el advenimiento de ‘Abd al-Rahmán I y la consiguiente protección que este príncipe puso en práctica en favor de los marwaníes, la gente de su casta, la *jassa* o aristocracia inició su crecimiento en Córdoba, y pronto la aljama que instituyera al-Fihrí resultó pequeña para albergarla. Se colocó entonces un entarimado promediando la altura entre el techo y el suelo del edificio; pero tal altura, menos de dos tallas normales de hombre más el grueso del entarimado, no permitía a los creyentes mahometanos ponerse de pie, y tenían que permanecer en la Aljama con la cabeza baja, aparte de que les resultaba bastante dificultosa la entrada al templo a causa de las pocas puertas con que contaba el mismo. Durante no pocos años, ‘Abd al-Rahmán no se dio por enterado del problema que planteaba la falta de capacidad de la Aljama, hasta que, habiendo adquirido la certeza de que sus días en este mundo tocaban a su fin y que iba a pasar a la otra vida sin llevar en su haber una obra meritoria de auténtica categoría, decidió enfrentarse con la cuestión y se preocupó de resolverla con la máxima eficacia y rapidez. A tal efecto, convocó a los mozárabes y les propuso la compra, a buen precio, del resto del cenobio de San Vicente, que eÉos aún poseían; les adquirió dicho resto; mandó demoler, a continuación, todo el conjunto con inclusión de la iglesia convertida en aljama, y, finalmente, ordenó que, sobre el solar resultante, se pusieran los cimientos de una nueva mezquita, aquella que, andando el tiempo, se habría de convertir en la Gran Aljama del Islam en Occidente. La cronología de esta fundación no está muy clara; pero creo que se puede fijar, sin temor a error, como sigue: la compra completa del cenobio, su demolición total y la obligada nivelación del terreno para subsanar el declive natural de la zona tuvo lugar a lo largo del año 785 y parte del 786, y, en los primeros días de septiembre de este último año, se inició, con seguridad plena, la cimentación antedicha. Y debe descartarse, en absoluto, ese año 780 que se propone modernamente para fecha de este magno acontecimiento, ya que la crónica árabe de donde tal dato procede se refiere a la erección de la aljama de Algeciras, que también se realizó sobre el solar de una iglesia anterior, y no a la fundación de la cordobesa.

Va ya para cuarenta años que se argumentó bastante sobre la posibilidad de que la aljama de ‘Abd al-Rahmán I hubiera tenido nueve naves y no once, como se venía admitiendo tradicionalmente. Primero, fue un reputado especialista en la historia del arte islámico, Mr. Lambert, quien, hacia 1932, lanzó la hipótesis, y, unos años después, el descubrimiento de ciertos textos árabes, que aportaban noticias inéditas sobre el particular, vino a prestar a la misma gran apariencia de verosimilitud. Sin embargo, los resultados de las exploraciones que realizó el maestro Hernández Giménez para dilucidar la verdad fueron precisos y terminantes: las dimensiones primitivas de la aljama en cuestión habían sido las de un cuadrado casi perfecto de unos 79 metros de lado y dividido de S. a N. en dos partes sensiblemente iguales, de las que, una, la meridional, se dedicó a sala de oración, y otra, la septentrional, a patio de

abluciones, y dicha sala de oración estuvo constituida, desde un principio, por las mismas once naves que, desde siempre, han recibido el calificativo de primitivas.

Lo que esta vieja mezquita es y significa arquitectónicamente considerada, ya ha sido explicado, una y mil veces, por los manuales de Arte al uso, por lo que no considero procedente volver aquí a repetirlo. Por contra y siguiendo el estudio cronológico del monumento, añadiré que, a la muerte de 'Abd al-Rahmán I (30 septiembre 788), la nueva aljama no estaba totalmente construida, y tuvo que rematar la obra el príncipe Hisham I, el hijo y sucesor del gran 'Abd al-Rahmán, edificando un alminar, un pabellón de abluciones o *mida'a* y una galería alta o *saqifa* destinada a la oración de las mujeres.

A decir de las crónicas árabes, tanto el mencionado alminar como la citada *mida'a* estuvieron íntimamente ligados con sendos muros de cerramiento de la vieja aljama, el septentrional y el oriental, respectivamente. La localización de ambas construcciones tenía, en consecuencia, un gran valor arqueológico, ya que la misma condicionaba el conocimiento de cuáles fueron, en realidad, tales muros de la fundación de 'Abd al-Rahmán I. Cuando menos, así lo entendió don Félix, por lo que procedió a explorar la cara externa de la cimentación del muro que, por tradición, se venía considerando como el primitivo oriental y, adosados a dicha cara, encontró los cimientos de la *mida'a*, como era lo presumible. A este importante hallazgo, vino a sumarse, algo después, el de los fundamentos del alminar hishamí, encontrados por el ilustre arqueólogo tras una concienzuda excavación que realizó en el patio actual, donde hoy pueden verse convenientemente señalizados. Y estos descubrimientos jugaron uno de los más importantes papeles en la mencionada polémica sobre las dimensiones originarias de la Mezquita.

La ampliación de 'Abd al-Rahmán II

Los no pocos años de paz y prosperidad que este monarca, con su sabia política, consiguió para sus súbditos a lo largo de su reinado, supusieron a Córdoba un considerable aumento de población a todos los niveles sociales, y llegó el momento en que a la aljama de 'Abd al-Rahmán I le faltó capacidad para albergar nuevas gentes. Para paliar en parte esta insuficiencia, 'Abd al-Rahmán II mandó realizar, en la fundación de su bisabuelo, la construcción de dos nuevas galerías altas en los costados E. y W. del patio, armonizadas con la que levantara Hisham I en el costado S. y destinadas, como ésta, a la oración de las mujeres. Como es lógico, tan pequeño aditamento no resolvió el problema, y, unos quince años más tarde, el soberano decidió solucionarlo ampliando la Aljama en profundidad, con lo que el monumento ganó unos 26,6 metros de largo. Esta ampliación supuso la demolición obligada del viejo muro meridional de cerramiento, que era para los fieles el de la *qibla* u orientación, y el derribo del nicho de referencia o *mihrab* del mismo, por lo que se erigió otro en el nuevo muro de *qibla*. Y el flamante *mihrab* se inauguró con la *jutba* correspondiente al viernes 12 de octubre del año 848.

También fue 'Abd al-Rahmán II quien completó las galerías altas del patio edificando otra adosada al muro N., que era el único carente de *saqifa* hasta entonces. Y fue, igualmente, este monarca quien, en su ampliación, inició la noble y laudable tarea de dar más monumentalidad y prestancia a la aljama cordobesa, tarea en que sería secundado por su hijo y sucesor, Muhammad I, y por sus nietos, al-Mundhir y 'Abd Allah, con el correr de los años.

En efecto y en el año 241 H. (855/6 J. C.), Muhammad I terminó todo el decorado de la parte de mezquita ampliada por su padre y renovó el correspondiente a la parte vieja, según consta en la inscripción cúfica que ostenta el tímpano de la Puerta de San Esteban. Un decenio después, el mismo monarca estableció una *maqsura* o lugar reservado para la oración de él y su séquito ante el *mihrab*

que levantara su progenitor. Hacia 887, su hijo y sucesor, el soberano al-Mundhir dotó a la Aljama de una habitación, la *Bayt al-Mal* o Cámara del Tesoro, para guardar las donaciones pías que se hacían al templo. Y, finalmente, el príncipe ‘Abd Allah, hermano y sucesor del desgraciado al-Mundhir, mandó edificar un *sabat* o pasadizo elevado, mediante el cual el viejo *Qasr al-Umara’* y, a la sazón, palacio real omeya, quedó directamente comunicado con la *maqsura* antedicha, permitiendo al cauto monarca asistir a los oficios de la mezquita sin tener que soportar el contacto con el pueblo.

La ampliación de ‘Abd al-Rahmán III

Esta nueva ampliación no afectó, como la anterior, a la sala de oración de la Mezquita, sino al patio de la misma y fue motivada por una simple cuestión de estética: tanto el patio como el alminar se habían quedado visiblemente empequeñecidos en relación con dicha sala desde el instante en que ésta fue ampliada en profundidad, y se hacía necesario restituir la armonía del conjunto en lo posible. Su ejecución se inició el año 951 por orden del primer califa cordobés, el gran ‘Abd al-Rahmán III al-Nasir, y, en virtud de ella, se demolió el viejo muro de fachada N. con inclusión del alminar hishamí, se erigió una nueva *sumu’a* a unos 8,5 metros al norte de la torre derribada, se levantó nuevo muro de fachada N., que es el actual, y se alargaron los muros laterales de cierre hasta su encuentro con el mismo. Y, aunque no dicen las crónicas nada al respecto, es presumible que se rehiciesen las *mqaif* o galerías altas destinadas a los rezos de las mujeres, ya que tales galerías quedarían totalmente desmanteladas al ampliarse el patio.

Complemento de ios que antecede, fue la obra de refuerzo a que hubo de ser sometido el muro de división entre el patio y el oratorio. Este muro se resintió en su estructura a consecuencia de las sobrecargas que le habían supuesto el alargamiento de la sala de oración en días de ‘Abd al-Rahmán II, y hubo necesidad de adosarle otro por su cara exterior o de fachada al patio, el cual vio su nueva anchura disminuida en 1,7 metros a consecuencia de la reforma. Y la fecha de estos trabajos fue la del mes de dhu-l-hichcha del año 346 H. (23 febrero/24 marzo 958 J. C.), según consta en la lápida árabe existente en la Puerta de las Palmas.

Aparentemente, el todopoderoso al-Nasir parece que aportó bien poca cosa a la aljama de sus abuelos; pero, lo cierto es que su *sumu’a* fue una pieza arquitectónica fuera de serie que hizo notar su influencia en cuantas torres, tanto islámicas como cristianas, se erigieron durante ios siglos siguientes. Y así nos lo ha dejado firmemente asentado don Félix en su extraordinaria monografía *El Alminar de ‘Abd al-Rahmán III en la Mezquita Mayor de Córdoba*, que salió a la luz escasos días antes del óbito del insigne maestro.

La monumental ampliación de al-Hakam II

Al advenimiento al trono del califa al-Hakam II al-Mustansir, la aljama cordobesa resultaba, de nuevo, insuficiente para cobijar al crecido número de personas que venían obligadas a asistir a los oficios del viernes por entonces. Todas las crónicas árabes que nos documentan sobre el particular andan acordes al respecto y todas también, sin excepción, resaltan que el piadoso hijo y sucesor de ‘Abd al-Rahmán III inauguró su mandato ordenando que se procediese inmediatamente a ampliar la Mezquita hacia el S. tanto cuanto permitiera la proximidad del lienzo meridional del recinto murado de la ciu-

dad. La fecha oficial del comienzo de las obras fue el domingo 20 de julio del año 962, y no está aún totalmente definida la data de terminación de las mismas, si bien se propone como muy probable la del año 971. A consecuencia de esta ampliación, la más excelsa y maravillosa de cuantas experimentó el monumento, la Aljama perdió el *mihrab* de 'Abd al-Rahmán II, la *maqsurá* de Muhammad I, la *Bayt al-Mal* de al-Mundhir y el *sabat* de 'Abd Allah. Y, en compensación, alcanzó su largo actual, y se vio enriquecida con el portentoso *mihrab* que hoy admiramos en ella, una *maqsurá* mucho más amplia y fastuosa que la antigua, una nueva *Bayt al-Mal* y un no menos nuevo *sabat* de mayores proporciones que el desaparecido.

Una extraordinaria novedad que introdujo esta ampliación alhakamí fue la de los *qibab* o pabellones cupuliformes, que tanta trascendencia tendrían después en Arquitectura. Mas conviene puntualizar al respecto que, de acuerdo con las fuentes árabes y en contra de lo que se viene afirmando día tras día, repitiendo los supuestos gratuitos de algún que otro de nuestros escritores del siglo XVII, el tránsito a la magna ampliación de al-Mustansir lo señalaba un sólo pabellón, que recibía el nombre de Cúpula Mayor o *al-Qubba al-Kubra*. Por tanto, malamente pudieron ser destruidas por manos cristianas dos presuntas cúpulas colaterales a la mencionada, porque no existieron nunca. Y, desde luego, el afirmar, como se afirma en una reciente publicación oficiosa, que dicha *al-Qubba al-Kubra*, la antigua ubicación de la Capilla de Villaviciosa, corresponde al *mihrab* de 'Abd al-Rahmán I, es algo tan absurdo y pueril que conviene ignorarlo en absoluto, pues no se puede escribir con una mayor insensatez.

Y ya que he hecho mención de la Capilla de Villaviciosa, aprovecharé la ocasión para recalcar una vez más que, la hermosísima lápida que se expone en la misma del período de al-Hakam al-Mustansir y ostenta la fecha de 358 H. (968/9 J. C.) se refiere a la terminación de unas obras que nada tuvieron que ver con la ampliación alhakamí, aunque se pretenda relacionarlas con la misma, divulgando una pésima interpretación de Amador de los Ríos, el cual leyó "con aspecto de fortaleza y complemento de sus arcadas", donde las graffias cúficas dicen "con la supervisión de Ma'qil y Tammam sus dos eunucos", como ya rectificó con todo acierto el inolvidable epigrafista francés E. Lévi-Provençal nada menos que en el año 1931.

Y conviene no dar por finalizada la relación de los trabajos de al-Hakam II en la Mezquita, sin añadir que este califa mandó demoler el viejo *mida 'a* de Hisham I e hizo levantar, en los costados E. y W. de la sala de oración, sendas series de cuatro nuevos cada una: dos grandes para el servicio de los hombres, y dos más pequeños para el de las mujeres. Dotó todos estos pabellones para la ablución de agua abundante, que venía conducida desde la Sierra. Y, por último, ordenó instalar en las fachadas E. N. y W. del patio otras tantas grandes tazas de piedra, a las que iba a para el agua sobrante de los indicados servicios, para que las gentes pudieran aprovecharse de la misma.

La última ampliación de la Mezquita

En los días de Hisham II al-Mu'ayyad, el hijo y sucesor de al-Hakam al-Mustansir, y en plena dictadura del célebre Almanzor, la población de Córdoba alcanzó su máximo desarrollo, y otra vez se sintió la necesidad de dar mayor capacidad a la Aljama. Entonces se llevó a cabo la ampliación más grande de todas las que experimentó el monumento en cuanto a extensión añadida; pero la más pobre en cuanto a calidad de fábrica. Las obras dieron comienzo hacia el año 987 y tuvieron una duración aproximada de unos dos años, siendo la causa de que se ignore la fecha exacta de la terminación de los trabajos una prohibición impuesta por Almanzor de que no se conmemorase el acontecimiento en inscripción alguna, para evitar que ésta fuera redactada a nombre del califa nominal Hisham II, según

hubiese sido lo protocolario. Lo fundamental de esta ampliación, la única que se hizo hacia el E., fue que, gracias a ella, la Mezquita alcanzó las dimensiones extraordinarias que tiene al presente y pasó a ser considerada por los musulmanes como la mayor y más excelsa Aljama del occidente islámico, tanto por su enorme amplitud como por su inusitada monumentalidad. Y lo secundario que, a consecuencia de esta adición, los pabellones que erigiera al-Hakam II para las abluciones rituales desaparecieron y fueron sustituidos por cuatro grandes pilas destinadas a la misma finalidad, las cuales mandó colocar el dictador 'amirí dentro del patio, donde, por añadidura, hizo excavar la cisterna para la recogida de aguas plubiales, que subsiste todavía.

Esta ampliación de Almanzor fue la última que los musulmanes llevaron a cabo en la Mezquita, como todos sabemos, y, aunque tuvieron necesidad, indudablemente, de realizar en ella algunas obras de mantenimiento y reparación, a lo largo de los dos siglos y medio bien cumplidos que el monumento se mantuvo aún consagrado al Islam, tales obras no han dejado huella alguna en las crónicas árabes porque fueron, sin duda, de poca monta, y sólo la Arqueología nos aporta unos pocos datos inconexos entre sí, que a nada autorizan. Más no debemos perder la esperanza de que, en un futuro más o menos próximo, el hallazgo de nuevos textos árabes venga a arrojar alguna luz sobre esa época poscalifal, la más oscura en la historia del monumento. Y, viviendo en esa esperanza, pongo punto final a esta breve síntesis.